

## BREVE ELOGIO DE ANTIOQUIA

Buscando caminos, pueblo de andariegos, la heredad llegó hasta el mar; es el golfo que dio abrigo a Bastidas el escribano, que acogió las audacias del varonil Ojeda, que lanzó al mar al desgraciado Nicuesa, que alentó al incomparable Adelantado de la Mar del Sur, que embraveció a Pedrarias y escuchó la justicia de los hombres en Acla, teatro del martirio del corazón mejor puesto de las huestes ariscas de la España, tocadas de aventuras. En manigua, en tremedales, en manchas selvosas donde acecha la fiebre y espía la cantarina cascabel, se extinguen los ramales de la triplicada cordillera, exhaustos ya de contorsiones y de quiebras, de abismos y de cimas, de áridas pendientes y de hartura en sus entrañas donde anida el oro.

Los ramales andinos vienen serpenteando desde las tierras feraces de los Pastos; la cordillera Quimbaya se decora con nieves perpetuas, con feraces vegas que acarician sus flancos a los cuales fertilizan los dos ríos colombianos por antonomasia: el fecundante Cauca de este valle idílico que se abre generoso, guardado también celosamente por los tentáculos del ramal occidental; y el Magdalena, padre de la nacionalidad, digno de cantarse como el Nilo en páginas eternas.

Paralelas se atisban por largo espacio entrambas cordilleras; en veces se estrechan como si quisiesen confundirse, y al dominar la tierra de Catíos y Senúes, de Armas y Yaporogos, devoradores de carne humana y orfebres sin rival, se entrelazan los

ramales para formar aquí nudos y eminencias de convulsionadas rocas primitivas, trocadas en arcilla deshechas unas veces, volcadas otras, martirizadas siempre, derramando torrenteras sobre pequeños valles, fecundizando colinas, fructificando hondonadas y llanuras que apenas se acomodan entre los doblados pliegues de tan rugoso país que cimienta su armadura montañosa en el dialaje, la diorita, la sienita, granitoide, el granito puro y tanta variedad rocosa.

Tierras de oro, dondequiera: en las entrañas del sistema, en las arenas de sus ríos, cabe los monumentos funerarios de sus antiguos habitantes. "Pobre del Perú, si se descubre el Sinú", exclamaban los conquistadores de su suelo! Montañas ricas en minerales y pobres en capa vegetal, donde casi, en sus regiones habitables, solamente arraigan las gramineas, las euforbiáceas y las leguminosas. De los valles ardientes se elevan las palmeras en lujosa variedad y se decoran las cimas heladas con helechos y musgos y la brisa tibia enriquece las orquídeas, lujo de Antioquia por la galanura y el capricho de su florescencia, especies preciosas dignas por cierto del amor y cuidado de sabias manos femeninas, distribuidoras por el mundo americano de ese tesoro incomparable de la flora colombiana.

Arbustos y árboles corpulentos para la decoración, madera que son regalo para las artes; yerbas y plantas de talla menor.

"A pesar de la reconocida riqueza mineral del territorio, hay razón para dudar, escribe el científico Uribe Angel, si dicha riqueza es definitivamente superior a la de la vegetación. Desgraciadamente el antioqueño, ignorante e imprevisor hasta ahora, ha preferido la formación de escasas praderas, a la opulencia y valía de las florestas vírgenes. El hacha del montañés ha caído sin piedad sobre los bosques llenos de tesoros naturales acumulados por si-

glos, y que habrían dado a la industria un porvenir, un alimento y vida extraordinarios”.

El Cauca al penetrar en las montañas, donde se delimita la heredad caldense, tórnase al principio aterrador y turbulento; se destroza en abismos, en horrisonas cataratas, en vórtices profundos; el Nechí muestra donde quiera raudales y angosturas, mientras el Porce apacible, se decora con profundas vegas y los tres se deslizan sobre arenas de oro que jamás se extinguen.

Entrañas áureas del Valle de los Osos, de Zaragoza y de Remedios, de Buriticá, Yarumal, Angostura, Campamento, Anorí y Tocamocho, a cuya vera prosperaban indias aborígenes y hoy jadean los negros y mulatos descendientes de africanos ignotos. Tierra hollada por huestes de valor legendario; desde los desalmados que gobernó Pedrarias, el desorbitado valor de Francisco César o de Pedro Heredia, y la inverosímil fuga que a pretexto del valle de la Guaca, capitaneó el licenciado Juan Vadillo en 1538, para ponderar hasta dónde puede el valor humano cuando lo impulsa el acicate de El Dorado. Ahí está la crónica que narra lo increíble; la escribió quien fue el fiel compañero del oidor, de ese mozo gallardo y decidido que aún se invoca con el nombre de Cieza de León.

Sangre cálida la de los que peregrinaron con Vadillo. De regreso a las montañas abruptas, exploraban, hace cuatro siglos, los valles de Aburrá y de Ebéjico, ricos en sepulturas y a inmediaciones de Peque, el capitán de la hueste, el caballero don Jorge de Robledo, el 25 de noviembre de 1541, fundó a Antioquia, la “fecunda ciudad maternal” que sí trocó su traza, y alzó el campo y trasegó por riscos y hondonadas hasta parar en Santa Fe de Antioquia, imagen es de ese pueblo sin par de luchadores que en ella reconocen su cuna y que impulsados aún por el señuelo del Dorado, porfían donde-

ramales para formar aquí nudos y eminencias de convulsionadas rocas primitivas, trocadas en arcilla deshechas unas veces, volcadas otras, martirizadas siempre, derramando torrenteras sobre pequeños valles, fecundizando colinas, fructificando hondonadas y llanuras que apenas se acomodan entre los doblados pliegues de tan rugoso país que cimienta su armadura montañosa en el dialaje, la diorita, la sienita, granitoide, el granito puro y tanta variedad rócosa.

Tierras de oro, dondequiera: en las entrañas del sistema, en las arenas de sus ríos, cabe los monumentos funerarios de sus antiguos habitantes. "Pobre del Perú, si se descubre el Sinú", exclamaban los conquistadores de su suelo! Montañas ricas en minerales y pobres en capa vegetal, donde casi, en sus regiones habitables, solamente arraigan las gramineas, las euforbiáceas y las leguminosas. De los valles ardientes se elevan las palmeras en lujosa variedad y se decoran las cimas heladas con helechos y musgos y la brisa tibia enriquece las orquídeas, lujo de Antioquia por la galanura y el capricho de su florescencia, especies preciosas dignas por cierto del amor y cuidado de sabias manos femeninas, distribuidoras por el mundo americano de ese tesoro incomparable de la flora colombiana.

Arbustos y árboles corpulentos para la decoración, madera que son regalo para las artes; yerbas y plantas de talla menor.

"A pesar de la reconocida riqueza mineral del territorio, hay razón para dudar, escribe el científico Uribe Angel, si dicha riqueza es definitivamente superior a la de la vegetación. Desgraciadamente el antioqueño, ignorante e imprevisor hasta ahora, ha preferido la formación de escasas praderas, a la opulencia y valía de las florestas vírgenes. El hacha del montañés ha caído sin piedad sobre los bosques llenos de tesoros naturales acumulados por si-

quiera, pico al hombro, en procura de la realización de su destino, prisionero del soñado metal.

Las ambiciones se disputaron esas montañas, que fueron cobrando laboreo de colmenar. Galeones y arrias y lomos indígenas al sol canicular, traían de España y de las islas; llevaban de este Nuevo Reino interior, gerifaltes y aventureros, hombres buenos puestos en su viril osadía, que aprisionados por el nudo ciego de las montañas sin rutas, quedaron prisioneros de las tierras y valles legendarios del Nutibara y el Buriticá, donde florecieron culturas de oro como la patrimonial de los Catíos, Nutabes, Tahamíes, Quimbayas y Senúes, artífices incomparables que de la orfebrería hicieron su recreo, aplicado también el ornamento de cerámicas rituales que no tienen igual.

Volcó España su gente por la América virgen: Hispanos que entronizaron sus penates, los privilegios de sus castas, las traiciones municipales de su terruño. Extrañó el montañero las dehesas, el andaluz ardiente no supo acomodarse entre los páramos; buscaron todos su medio geográfico peninsular y así astures y vascos, cántabros de Vizcaya, santanderinos, extremeños y navarros, citáronse en Antioquia, con sus viejos papeles nobiliarios, el orgullo de selectas castas, sus privilegios regionales y sus maneras hidalgas e intransigentes. Fueron, encartaciones y registros en antiguos becerros, informaciones de hidalguía, trajo cada agrícola, cada minero, cada comerciante que asentó para siempre en las tierras de Robledo y de Rodas.

Refundiéronse aquí los hijos de Euzcañi; cegaron los caminos con el mundo exterior, y centenio tras centenio, fueron siempre los mismos. Apegados al campo, a la montaña, a las arenas áureas. Limitaron su agricultura a lo único que la pobreza vegetal de la tierra les brindaba: maíz, frijol, cucurbitáceas, yuca y plátano; la caña para filtrar el aguar-

diente y fabricar la panela. Pidiéronle a la tierra hasta agotarla; el hacha, la azada y sobre todo el fuego hicieron solos por siglos la escasa agricultura regional, pues el arado por mucho tiempo sólo fue patrimonio de los colonos de la Villa de Candelaria.

De Antioquia, la ciudad maternal, refrescada por las aguas del Tonusco, fueron desprendiéndose los mayorazgos, fundadores dondequiera. Trocaron valles cuales los de Aburrá y Rionegro, en huertas generosas, equilibrando de ese modo la economía para el terruño singular que, dominado por el oro, sufrió hambre en las gestas coloniales; hizo su frugal vida, sin horizonte su cultura acrecentando cada vez su sentido personal de pueblo, de país, de región, idéntica a sí misma, recatada al parecer del núcleo virreinal, cuyas influencias sólo de tarde en tarde le llegaban con el hijo mocetón que al restituirse al hogar después de años de estudio en el lejano reino, le hablaba de esta Santa Fe de Bogotá, único y efectivo aglutinante de nacionalidad.

Un ilustre gobernador de esas regiones, don Francisco de Silvestre, describía en 1776, el espíritu y costumbres de esa gran familia de organización patriarcal, casi tribal, que cada día se extendía por su tierra heredad ansiosa de estancias y de minas.

“Famosa ha sido esta provincia de Antioquia desde que se descubrió y conquistó por nuestros españoles. El Dorado y Casa del Sol que con codiciosa ambición buscaron tántas veces por distintos rumbos peligrosos y siempre fatales, en ella los encontrarían, si los hubieran inclinado a buscarlos hacia esta parte como lo apuntó en su geografía cierto geógrafo moderno.....

“.....Así como fértil y rica en metales, lo es en agudos ingenios y admirables talentos esta provincia. Pero por varias causas que piden larga expli-

cación, se opacan y esterilizan. La inclinación a litigar les es casi genial, se pega fácilmente a algunos después los más dañosos, e importa mucho observar esta casta de díscolos (en que no faltan patricios que llevan ventaja a todos), para ahogar y refrendar su genio revoltoso y perturbador de la paz. Parece originada esta inclinación de una larga costumbre de oír cláusulas de peticiones, y de una cavilosa pronta imaginativa que les hace abundar de reservadas mañas y astutas malicias, en que tienen fama de más hábiles aun entre los demás provincianos los de la capital y sus inmediaciones, no obstante de que para mi concepto todos son en esta parte iguales. Aunque no faltan en todo algunas excepciones, son por lo común notados de guardosos y demasiado económicos. Tienen por lo geneal un gran entusiasmo de nobleza, y con él tan engreído orgullo, que aunque todos se tratan de primos y sacan su relación de los primeros conquistadores y pobladores, ordinariamente contraen sus matrimonios en la propia familia y con muy inmediato parentesco (a mi juicio no con poco engaño en la impetración de las dispensas), porque cada uno se reputa entre sí por mejor que la del otro primo. Gastan muchos prolijos y ceremoniosos cumplimientos en los actos políticos, sosteniendo con tenacidad los estilos del tiempo de la conquista y pagándose muchos de oro-peles y títulos colorados y pomposos. El lujo y la moda tienen un imperio muy limitado, porque toda la vanidad está reducida a querer ser gentes de posición y calidad, aunque el traje sea el más antiguo y extraño; algunos españoles que entran de nuevo y otros de los patricios que comercian con los lugares de afuera o van a estudiar, suelen variar en los trajes que introduce el uso; pero éstos se vuelven a pocos días a los propios. Viven por lo general con demasiada sobriedad y sencillez, y acostumbrados a viandas agrestes y groseras. Sin embargo de lo

que atribuyen algunos a su cicatero genio y a la crianza, lo cierto es que de ordinario son de compleción robusta y varonil, aunque viciosos en extremo en el chocolate y el tabaco de humo, que beben y fuman con demasía. Manejados con arte, tienen sobrada docilidad para ser bien gobernados, y como son puntillosos, se conducen mejor con la suavidad y buen término; pero al propio tiempo es necesario manifestarles constancia en sostener el respeto de la superioridad, pues esto los hace luégo contenidos.

Analiza también el gobernador Silvestre, con igual talento y observación agudos, las características de ese otro núcleo montañés del Valle de la Candelaria, que años adelante iba a tomar por sí los derechos de la primogenitura. A poder de su indómita pujanza, vino a ser ese núcleo la sede del gobierno civil. La ciudad antioqueña contaba ya los años por los merecimientos.

“La villa de Medellín, a día y medio de distancia de esta capital, es la más poblada y de mayor vecindad de la provincia, y donde abunda más que en otra parte la gente distinguida. Se contarán en ella de doce a catorce mil almas de comunión..... Se particularizan o ditinguen los habitantes de la jurisdicción de Medellín en que son más retirados y cumplimenteros, más engreídos de su caballería y quijotescos, más apegados a los usos antiguos y más guardosos y aplicados a no gastar. Algunos de ellos trabajan minas y los más se dedican a la labranza de sus arados o chacras en que siembran maíz, caña dulce y algunas otras legumbres, y otros a rescatantes en los minerales, que están en la mayor parte en la jurisdicción de esta capital (Antioquia). Guardan mucha atención a los forasteros; pero con mucha inferiaridad hacia el patriotismo, y con no poca simulación, aunque en el exterior todos manifiestan un corazón franco, sencillo y natu-



ral. Entendiéndose que no hay regla general que no tenga excepciones.

Así, apegados a sus viejas tradiciones, prisioneros en esa arisca tierra de montañas, tenían por qué acendrar y cultivar egoísmos constructivos; por qué acrecentar su raigambre en la tierra que los nutría como al grupo racial más fuerte del antiguo Nuevo Reino. Para los forasteros el acceso a la gobernación era difícil por causas de las ásperas montañas; sin acémilas para el transporte porque ni las mulas baquianas parecían acomodarse a tales precipicios y deshechos; sólo el transporte a espaldas de hombre resultaba posible: "Todavía hay memoria, escribía en 1826 el sabio Boussinganet, de muchos habitantes de la provincia que no pudieron nunca salir de ella, porque siendo muy pesados, les fue imposible hallar cargueros bastante fuertes para llevarlos a cuestras."

Se les nombró egoístas, se les apellidó perezosos, incapaces de otra industria que no fuera la de atesorar el metal que la tierra les entregaba a manos llenas. No fueron poderosos casi tres siglos de aislamiento a relajar; al contrario, alimentaron esa fuerza oculta, esa genial capacidad, para la industria activa, para la implantación de una riqueza nueva, para el dominio sobre grupos menos densos. Mientras otras regiones granadinas casi fueron tierras de tránsito, caminos a lo largo y a lo ancho, esas montañas abruptas constituyeron lugares de arraigo y cohesión.

Así los sorprendió la república en sus nidos de breñas; Allí pasaron sin conmociones las ideas, que asimilaron con sentido regional. Por eso fue propia suya la constitución del año 12. Del interior se llevaron al más sabio, que en Rionegro fundó escuela de cadetes, fundición de cañones y armamentos, fortificó el río Nare y puso a funcionar lo que tanto

anhelaban y a lo que tenían tanto derecho: la casa de moneda.

Su juventud gallarda, sus patriarcas y sus hombres maduros, se cambiaron en soldados, en legisladores, en burócratas. Por vez primera tuvieron lo que necesitaban, caminos y veredas: los de la libertad, que pusieron a sus gentes en contacto con los hombres y los paisajes nacionales. Después, los del progreso, que conducido por la mano firme de sus hijos, abrió amplia brecha, por donde esa ansiedad de caminantes retrasados, se dilató por el territorio colombiano, y aun el mundo europeo, donde muchos dejaron ese oro que "guardosos" contemplaban en repletos arcones.

Ese "bueno y virtuoso" pueblo habló entonces en frases inmortales: "Una de las primeras obligaciones de la legislatura y magistrados que haya en los futuros períodos de esta república, será cuidar que la buena educación, las ciencias y las virtudes públicas y religiosas se difundan generalmente por todas las clases del pueblo, y para que sus individuos sean benéficos, industriosos y frugales para que todos los ciudadanos conozcan sus derechos, amen la patria con la libertad y defiendan hasta la muerte los inmensos bienes que con ella han adquirido", estamparon los legisladores antioqueños de 1812. "Si es preciso cometer una injusticia para que el universo no se desplome, déja que el universo se desplome", clamó la sabiduría por boca del Libertador de los Esclavos. La república de Colombia queda constituida, viva la república de Colombia!", fue el grito acendrado por Antioquia en la garganta del magistrado de Angostura. "Soldados! Armas a discreción, de frente, paso de vencedores!", anidó en el símbolo de la antioqueña juventud, y América fue libre para siempre.

Después vinieron los días buenos, y sus hijos, vinculados a la sociedad santafereña, departieron

con Santander y con Bolívar ,dondequiera honrando su terruño.

Hace ya un siglo largo, un clarividente de esas montañas, adivinó, profeta, el devenir de su pueblo: "Deben plantar y extraer el añil, cuyo beneficio ignoran absolutamente; deben cultivar el café, bebida tan usada en la Europa, que ha enriquecido a las Antillas y que tan felizmente prospera en el Valle de Medellín. Deben, finalmente, hacer innumerables plantíos de algodón para comenzar a tejer las manufacturas bastas que tánto necesitan.

"Uniendo a todos estos ramos el comercio externo, el que las ovejas se multipliquen numerosamente en las llanuras y fértiles colinas, tendremos el complemento de la agricultura, y felicidad de la provincia de Antioquia. Entonces podrían disminuir en gran parte las crecidas sumas que emplea todos los años en comprar tejidos ordinarios de lana y algodón, con los que fomenta la industria de Quito, Santa Fe y el Socorro. Poseyendo las primeras materias, las fabricará en Medellín y otros lugares de bastante población, donde hay tántos miserables, sin propiedades qué cultivar, los que hallarían una ocupación útil y provechosa. Ya parece que me transporto, exclamaba en 1809 el historiador por antonomasia, doctor José Manuel Restrepo, ya parece que me transporto a tán felices tiempos y que veo realizados estos sueños lisonjeros: Entro a las ciudades populosas; el gusto de la arquitectura se ha introducido en ellas: por todas partes encuentro fábricas, copiosas manufacturas, y todas las producciones de las artes. Salgo a los campos: allí donde se termina un bello horizonte, veo los montes dorados con abundantes cosechas de trigo; en este valle a la par del café crece el algodón y no muy distante se levanta con lozanía la caña, junto al añil. Corro a los valles ardientes: las márgenes del Cauca están cubiertas de cacao.... Rebaños inmensos cu-

bren las colinas; aquí se preparan los frutos para conducirlos a los puertos; allá se ven cubrir a hermosos caminos con infinitas caballerías; edificios públicos, vasto comercio, navegable el Cauca.....”

Estamos en 1941: antioqueños y caldenses, su pueblo, dan a Restrepo una muestra que sobrepasa los anhelos del historiador y del patriota. Son los caminos que se abren paso, es el dominio del aire y las montañas, es la ruta hacia el mar.

Razón justificada para que en unánime regocijo racial, la Vasconia americana quiera ofrendar a su augusta ciudad matriz, como el mejor obsequio en el cumple-siglos de diciembre con la alabanza de sus mejores vástagos, nacidos de esa mujer incomparable, virtuosa como pocas, abnegada tantas veces, dulce y preciosa; esa eterna madre antioqueña digna de honor y de alabanza.

Hijos de su sangre que se cifra y compendia en José Félix y José Manuel Restrepo y en Francisco Antonio Zea; en Liborio Mejía y José María Córdoba y Atanasio Girardot; trinidad incomparable de gallarda juventud heroica; se hace patriarcal en Pedro Justo Berrío; certera guía en Juan de Aranzazu, Alejandro Vélez y José María Salazar; protomártir de la libertad en Juan de Dios Morales, de los caídos en Quito en 1810; cobra empuje de ambiciosas empresas financieras en Arrublas, Montoyas, Sáenz y Lorenzanas, hasta superarse en José María Sierra; himno a la tierra fecunda en el estro de Gutiérrez González y Epifanio Mejía; magistral intérprete social en Juan de Dios Restrepo, Rendón y Tomás Carrasquilla, en Eduardo Zuleta y Roberto Botero Saldarriaga; mágico pincel en Cano y Nel Gómez; eurítmica y perfecta en el cincel de Tobón Mejía; sapiente y erudita en Uribe Angel, Andrés Posada Arango, Juan B. Montoya y Flórez, José María Restrepo Maya, maestro sin igual, Tulio Ospina, Félix Restrepo, Cayetano Betancur,

con Santander y con Bolívar ,dondequiera honrando su terruño.

Hace ya un siglo largo, un clarividente de esas montañas, adivinó, profeta, el devenir de su pueblo: "Deben plantar y extraer el añil, cuyo beneficio ignoran absolutamente; deben cultivar el café, bebida tan usada en la Europa, que ha enriquecido a las Antillas y que tan felizmente prospera en el Valle de Medellín. Deben, finalmente, hacer innumerables plantíos de algodón para comenzar a tejer las manufacturas bastas que tanto necesitan.

"Uniendo a todos estos ramos el comercio externo, el que las ovejas se multipliquen numerosamente en las llanuras y fértiles colinas, tendremos el complemento de la agricultura, y felicidad de la provincia de Antioquia. Entonces podrían disminuir en gran parte las crecidas sumas que emplea todos los años en comprar tejidos ordinarios de lana y algodón, con los que fomenta la industria de Quito, Santa Fe y el Socorro. Poseyendo las primeras materias, las fabricará en Medellín y otros lugares de bastante población, donde hay tantos miserables, sin propiedades qué cultivar, los que hallarían una ocupación útil y provechosa. Ya parece que me transporto, exclamaba en 1809 el historiador por antonomasia, doctor José Manuel Restrepo, ya parece que me transporto a tan felices tiempos y que veo realizados estos sueños lisonjeros: Entro a las ciudades populosas; el gusto de la arquitectura se ha introducido en ellas: por todas partes encuentro fábricas, copiosas manufacturas, y todas las producciones de las artes. Salgo a los campos: allí donde se termina un bello horizonte, veo los montes dorados con abundantes cosechas de trigo; en este valle a la par del café crece el algodón y no muy distante se levanta con lozanía la caña, junto al añil. Corro a los valles ardientes: las márgenes del Cauca están cubiertas de cacao.... Rebaños inmensos cu-

bren las colinas; aquí se preparan los frutos para conducirlos a los puertos; allá se ven cubrir a hermosos caminos con infinitas caballerías; edificios públicos, vasto comercio, navegable el Cauca.....”

Estamos en 1941: antioqueños y caldenses, su pueblo, dan a Restrepo una muestra que sobrepasa los anhelos del historiador y del patriota. Son los caminos que se abren paso, es el dominio del aire y las montañas, es la ruta hacia el mar.

Razón justificada para que en unánime regocijo racial, la Vasconia americana quiera ofrendar a su augusta ciudad matriz, como el mejor obsequio en el cumple-siglos de diciembre con la alabanza de sus mejores vástagos, nacidos de esa mujer incomparable, virtuosa como pocas, abnegada tantas veces, dulce y preciosa; esa eterna madre antioqueña digna de honor y de alabanza.

Hijos de su sangre que se cifra y compendia en José Félix y José Manuel Restrepo y en Francisco Antonio Zea; en Liborio Mejía y José María Córdoba y Atanasio Girardot; trinidad incomparable de gallarda juventud heroica; se hace patriarcal en Pedro Justo Berrío; certera guía en Juan de Aranzazu, Alejandro Vélez y José María Salazar; promártir de la libertad en Juan de Dios Morales, de los caídos en Quito en 1810; cobra empuje de ambiciosas empresas financieras en Arrublas, Montoyas, Sáenz y Lorenzanas, hasta superarse en José María Sierra; himno a la tierra fecunda en el estro de Gutiérrez González y Epifanio Mejía; magistral intérprete social en Juan de Dios Restrepo, Rendón y Tomás Carrasquilla, en Eduardo Zuleta y Roberto Botero Saldarriaga; mágico pincel en Cano y Nel Gómez; eurítmica y perfecta en el cincel de Tobón Mejía; sapiente y erudita en Uribe Angel, Andrés Posada Arango, Juan B. Montoya y Flórez, José María Restrepo Maya, maestro sin igual, Tulio Ospina, Félix Restrepo, Cayetano Betancur,

Baldomero Sanín Cano, Eduardo Posada, Laureano García Ortiz, Emilio Robledo, Tomás Cadavid Restrepo, Joaquín Antonio Uribe y Luis Eduardo Villegas, el jurisconsulto; conductora de almas y educadora insigne en el ecuánime arzobispo Vicente Arbeláez y en monseñor Manuel José Sierra; acogedora y adoptiva en Juan del Corral, Mariano Ospina Rodríguez, Juan de la Cruz Gómez Plata y el ilustrísimo Cayzedo, amparados en su regazo y por Antioquia mimados como propios hijos; mentora política de renombre en Uribe Uribe, el que cayó rendido en la plenitud espiritual de su alma múltiple. en Fidel Cano y Antonio José Restrepo; mentes privilegiadas como Luis López de Mesa, Tomás O. Eastman y Esteban Jaramillo; guía, en fin, del progreso nacional en Carlos E. Restrepo y Pedro Nel Ospina y los demás, tan numerosos y notables, que desde la cátedra sagrada, los afamados claustros de Medellín, o frente a los periódicos y revistas dignos de respeto y admiración, empresas todas de singular alienot espiritual, en nuestros días prolongan la gloria secular de su terruño y que ya saben, porque tienen caminos, pensar en Colombia.

Poderosa contra el mismo destino, este pueblo de Antioquia llega a ser consagración en el hombre sin par, que nacido de estatura rastrera irguióse hasta la cima para coronarse de gloria y pesadumbre; el mismo que empuñó la pluma de oro y laboró en las canteras del idioma con mayor maestría que sus conterráneos pudieran hacerlo en rocosa montaña para perseguir el filón ambicionado. Afortunado en su desgracia, porque la república no dejará por ventura marchitar la memoria de Marco Fidel Suárez, paria increíble, que es gloria y decoro ya no de su patria nativa, sino de esta Colombia incomparable que sabe a quién glorificar.

**Guillermo Hernández de Alba**